

La guerra civil siria en clave regional: el impacto en los países vecinos

Rosa Meneses

Periodista de El Mundo, especializada en Magreb y Oriente Medio



Dos años cumple Siria sumergida en lo que hace tiempo que dejó de ser una revolución para convertirse en una guerra civil, en una lucha por el poder. El conflicto ha sobrepasado sus fronteras y ha extendido sus consecuencias a los países vecinos. Turquía, Irak, Israel, el Líbano y Jordania viven cada uno a su manera los efectos colaterales de la contienda. Crisis de refugiados, pérdidas económicas, amenazas a la seguridad, tráfico de armas y de yihadistas y el riesgo de contagio de la violencia planean sobre los gobiernos regionales. Cada uno se enfrenta con sus propios miedos y medios a la guerra que llama a sus puertas.

Podemos calcular que el 15% de la población del país ha dejado su hogar a causa de la guerra

Más de 70.000 personas han muerto como consecuencia de los enfrentamientos entre el ejército que defiende el *statu quo* de Bashar Asad y los grupos armados de diferentes ideologías que integran el Ejército Libre de Siria (ELS). Lo que empezó en marzo de 2011 como una revuelta pacífica contra la dictadura, al calor de la Primavera Árabe, ha evolucionado en uno de los conflictos más sangrientos que ha vivido la región en los últimos años. Una de las primeras consecuencias a las que se enfrentaron los países vecinos fue la crisis de refugiados. Un millón de refugiados se reparten a lo largo de las fronteras, a razón de 5.000 personas saliendo del país cada día, según señaló el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) en enero de 2013. Se estima que los desplazados internos llegan a los 2.5 millones. Si sumamos refugiados y desplazados podemos calcular que el 15% de la población del país ha dejado su hogar a causa de la guerra.

A la crisis humanitaria, que sin embargo ha sido insuficiente para alentar una mayor implicación de la comunidad internacional en una solución al conflicto, se une la inseguridad que se ha apoderado de todos estos países. La violencia acecha las fronteras. El pasado agosto se publicaron los resultados de un simulador de la guerra en Siria organizado por varios *think-tank* estadounidenses (entre los que está la prestigiosa Brookings Institution). El ejercicio acabó con el colapso total de Siria como Estado, con las fuerzas militares turcas apoyando una intervención, pero sin controlar el país vecino, con Irak sumergiéndose a los niveles de violencia de 2006 y con el Líbano evolucionando hacia el enfrentamiento sectario (Pollack, 2012). El simulacro implicó a tres equipos de Turquía, EEUU y Arabia Saudí, que sorprendentemente se mostraron satisfechos con este escenario y lo interpretaron como un éxito para sus intereses estratégicos.

Aunque el simulacro fue realizado a finales del pasado junio de 2012, cada día que pasa sin que la situación en Siria se solucione pone a la región más cerca de aquellos resultados (Meneses, 2013). En marzo de 2013, el secretario general de la ONU, Ban Ki-moon advirtió de que “la solución militar en Siria está conduciendo a la disolución del país”. La comunidad internacional realiza continuos llamamientos a una solución negociada. Al presidente sirio, Bashar Asad, se le llena la boca con ofertas de diálogo que no tienen ninguna base real, porque a continuación reitera que no dejará el poder. Mientras, en el campo de la oposición, su presidente, Moez al Jatib, sorprendió a sus propios seguidores mostrándose dispuesto a dialogar con el régimen. Sin embargo, sobre el terreno, ninguna de las partes muestra signos reales de estar preparada para una paz negociada.

La crisis siria implica cada vez más directamente a los países vecinos, inmersos en una espiral que les arrastra a la inestabilidad interna.

Turquía, la clave

La actual contienda en Siria comenzó en marzo de 2011 como una revuelta pacífica en la que los ciudadanos de a pie se manifestaban para exigir la liberación de los presos políticos y una verdadera apertura democrática en el país. Demandaban el levantamiento de las leyes de emergencia, vigentes desde 1963, y elecciones plurales. El régimen sirio respondió con métodos que ya había utilizado en el pasado: arrestos masivos, brutales interrogatorios y torturas y el uso de munición y francotiradores contra los manifestantes. Mientras el presidente, Bashar Asad, hablaba de “reformas”, en la calle se escuchaban los disparos. Hacia el mes de junio, se estimaba que habían muerto 1.400 personas y más de 10.000 habían sido detenidas.

En estos primeros meses de crisis, Turquía se implicó activamente en lo que se define como “diplomacia por la puerta de atrás” y trató de persuadir al régimen de que realizara reformas y atendiera las demandas del pueblo. El Gobierno de Recep Tayyip Erdogan creía que la relación especial que mantenía con Damasco podría desembocar en una exitosa mediación. En junio de 2011, Asad aceptó verbalmente las reformas propuestas y permitió el regreso de los Hermanos Musulmanes, aunque se negó a reconocerlo como partido político. La mediación turca prosiguió, al tiempo que Ankara tuvo que tomar cartas en otros asuntos.

Uno de ellos fue el éxodo de miles de sirios que se instalaron en su territorio huyendo de los enfrentamientos. En esas fechas, Turquía se convirtió en el principal país receptor de refugiados sirios y en un importante proveedor de ayuda humanitaria. La inseguridad general, el hambre y las necesidades de atención médica hicieron que cada vez más familias cruzaran las fronteras. Ankara admitió en su territorio a los refugiados y pronto empezó a construir campos para albergarlos, además de organizar servicios sanitarios y de educación. Así, a principios de 2013, Turquía acogía a más de 177.000 refugiados.

Aunque oficialmente Turquía ha adoptado un discurso de apoyo a los refugiados, la crisis humanitaria pesa en las arcas del Estado. El ministro de Finanzas turco declaró, en respuesta a una pregunta en el Parlamento, que el Gobierno ha gastado 533 millones de liras (unos 225 millones de euros) en cubrir las necesidades de los civiles sirios en su territorio a lo largo de 2012. Además, algunas zonas fronterizas se han visto sacudidas por tensiones sociales. Dados los fuertes vínculos demográficos entre el sur de Turquía y el norte de Siria, algunas comunidades han visto alterados sus equilibrios. En Turquía viven medio millón de árabes alauíes –la misma secta del islam chií a la que pertenece Bashar Asad y su núcleo de poder-, también llamados nusairíes. La mayoría de ellos reside en la provincia de

Turquía ha sido el Estado bandera que ha intentado movilizar a la comunidad internacional para que apoye cada vez más a la oposición contra Asad

Hatay. Incondicionales de Asad, los alauíes turcos han protagonizado manifestaciones en el sur. Un eventual colapso del régimen afectará también a la seguridad de los alauíes turcos y quizá traiga represalias contra esta comunidad más allá de las fronteras sirias, lo cual preocupa en Ankara. Crecen también las tensiones entre la población turca y los refugiados sirios, especialmente en las ciudades fronterizas donde se albergan los campos de acogida.

Así, no es de extrañar que el Gobierno de Erdogan sea un gran defensor de establecer una zona de exclusión aérea que lleve a la creación de un área segura en el norte de Siria donde puedan albergarse los campos de refugiados y se haga llegar la ayuda humanitaria. Desde marzo de 2012, el primer ministro Erdogan está apelando a Naciones Unidas para que establezca esta zona segura y sus instancias han ido 'in crescendo' a medida que va aumentando también la cifra de refugiados. Hay que recordar que Turquía presionó para crear una zona de seguridad en el norte de Irak después de la Guerra del Golfo de 1991, cuando 400.000 kurdos iraquíes cruzaron las montañas hacia Turquía. Entonces, con el respaldo de Estados Unidos, la ONU montó la Operación Proveer Confort para reinstalar a los kurdos en una zona en el norte de Irak y protegerlos allí. Ankara pagó un alto precio: la zona segura pronto se convirtió en un santuario para el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), la guerrilla kurda que lucha contra el Gobierno turco por una autonomía del Kurdistán.

Ahora, hay similares advertencias sobre los kurdos de Siria. El resurgimiento de la violencia del PKK en el sureste de Turquía es la repercusión más severa del conflicto sirio para Ankara. Desde su reactivación en el verano y el otoño de 2012, Turquía teme que el PKK explote el conflicto en Siria para infiltrar armas y milicianos y ha emprendido negociaciones con su líder, Abdulá Ocalan (encarcelado en una prisión turca) con la esperanza de obtener un alto el fuego. Más aún, el Gobierno turco acusó a Asad de "jugar la carta kurda" con su retirada de las zonas kurdas del norte y el noreste de Siria ese verano. Aunque los propios kurdos de Siria se encuentran divididos, lo cierto es que ni apoyan totalmente a los rebeldes sirios ni se han alineado con el régimen. Hay, pues, un peligro latente de conflicto entre árabes y kurdos en Siria.

En el aspecto militar, aunque no está dispuesta a intervenir unilateralmente, Turquía ha sido el Estado bandera que ha intentado movilizar a la comunidad internacional para que apoye cada vez más a la oposición contra Asad. Si al principio trató de mantener la relación especial que mantenía con el presidente sirio, Ankara se ha acabado convirtiendo en el principal valedor de la oposición. En Estambul se formó precisamente el Consejo Nacional Sirio, coalición de varios grupos de la oposición. Mientras, los desertores del Ejército del régimen iban desfilando por las fronteras turcosirias para crear allí el

Ejército Libre de Siria (ELS), principal aglutinador de los grupos armados contra Asad. Su Comando Central tiene sala de operaciones en la base de la OTAN de Incirlik (al sur de Turquía), donde recibe cooperación de Arabia Saudí y Qatar, además de asistencia no letal de EEUU y la Unión Europea. El ELS cuenta con una base en Antaquia, donde organiza los suministros de armas y munición, trata a los milicianos heridos y funciona como base de descanso.

Tal implicación le ha costado a Turquía cierta vulnerabilidad en la frontera a los ataques del régimen sirio. Por ello, el Gobierno de Erdogan apeló a la OTAN para el despliegue de misiles antiaéreos Patriot. En octubre de 2012, el Parlamento turco aprobó una moción autorizando el despliegue de sus fuerzas armadas “en países extranjeros”, un mandato vago pero con un objetivo único: Siria. El detonante fue el bombardeo con morteros que sufrió días antes el pueblo fronterizo de Akçakale, en el que murieron cinco ciudadanos turcos. Desde entonces, más localidades turcas a lo largo de la línea de demarcación han sufrido el impacto de la guerra. Pero desde meses antes, Turquía ya sabía lo que era estar al borde del enfrentamiento armado con su vecino. En junio de 2012, cuando Siria derribó un caza turco matando a sus dos pilotos, la internacionalización del conflicto parecía inminente. Entonces, Ankara advirtió que cualquier “objetivo militar” que se aproximara desde Siria sería considerado una amenaza. La moción aprobada en octubre era sólo un paso más en la “militarización” de la política turca hacia Siria (Cagaptay, 2012). El Gobierno de Erdogan ha desplegado personal y equipamiento a lo largo de la frontera.

Turquía también acudió a la OTAN, organización de la que es Estado miembro y que deberá responder si el país es atacado, según el artículo 5 de la Carta de la Alianza Atlántica. A finales de enero, seis baterías antiaéreas de misiles Patriot fueron desplegadas a lo largo de la frontera bajo los auspicios de la Alianza. Herencia de la I Guerra Mundial, Turquía y Siria comparten una frontera fuertemente minada que dificultaría el paso de tropas. Ambos países, desgajados del Imperio Otomano, navegaron por turbulentas relaciones hasta que la llegada de Bashar Asad al suceder a su padre cuando falleció, en 2000, supuso la “normalización” de las relaciones.

Asad y Erdogan suscribieron varios acuerdos de cooperación, incluido el que establecía en 2007 una zona de libre comercio. El volumen comercial entre ambos países creció de los casi 600 millones de euros en 2006 a los 1.800 millones en 2010, además de un fuerte incremento del turismo. Así, la guerra en Siria y el desacuerdo de Turquía con el régimen de Asad ha supuesto también un fuerte impacto económico para ambos países (Ilgit y Davis, 2013). Cuando las condiciones de seguridad comenzaron a empeorar, Ankara cerró su frontera al tráfico comercial.

Jordania: la conexión yihadista

La guerra en Siria está siendo tan desestabilizadora para Jordania como económicamente costosa. Jordania es el país que más refugiados acoge, más de 240.000, contando los que están oficialmente registrados y los que aún esperan registro, según cifras de ACMIR. En el verano de 2012, el Gobierno abrió el campo de Zaatari, cerca de la localidad norteña de Mafraq, que está en su máxima capacidad. Pero la mayoría de refugiados que han entrado en el país han evitado Zaatari y se han instalado en las ciudades. Según el primer ministro, Abdulá Nsur, más de 300.000 sirios han entrado en Jordania desde que comenzó la guerra y se estimaba que este marzo alcanzarían el medio millón.

Aunque el campamento de Zaatari está administrado por el ACNUR, los esfuerzos de la agencia no tienen un respaldo económico. Esto deja un gran peso financiero a Amán, que ha recibido menos de 200 millones de dólares, cuando construir el campo y albergar a los civiles le ha costado hasta ahora entre 500 y 600 millones, según Nsur. Las condiciones en Zaatari son muy pobres y, aunque se provee a los refugiados de servicios básicos (comida, refugio y educación), éstos son muy rudimentarios. Hasta el punto en que este enero, los habitantes del campo quemaron sus propias tiendas para quejarse de las miserables condiciones. El duro invierno ha tenido drásticas consecuencias para la población refugiada. Las inundaciones del pasado enero dañaron 500 de sus 4.500 tiendas y una familia entera de siete miembros murió cuando su lámpara de keroseno prendió fuego a la jaima. Varios niños han muerto también de hipotermia.

Los pocos fondos que recibe Jordania para atender a los refugiados sirios, unido a la crisis económica que vive el país presentan un grave problema. No hay que olvidar que el reino hachemí tiene un déficit del 30% en el presupuesto del estado de 2012 y que la implementación de un programa de austeridad ha traído recortes muy impopulares que han hecho a los jordanos salir a la calle a protestar por los mermados subsidios al combustible o a los alimentos.

En un país donde los recursos hídricos son muy escasos, el impacto de los refugiados sirios agrava el problema. El campo de Zaatari consume unos 1.400 metros cúbicos de agua al día y –aunque el consumo per cápita de un refugiado es menor que el de un ciudadano jordano– la instalación del campo ha restado agua potable a los residentes de la zona. También ha aumentado el consumo de agua en las ciudades, debido a la llegada de muchos refugiados sirios que se han instalado en ellas. Y los precios de los alquileres en Aman –una de las ciudades más caras de Oriente Próximo– se han visto incrementados.

La guerra en Siria está siendo tan desestabilizadora para Jordania como económicamente costosa. Jordania es el país que más refugiados acoge, más de 240.000

Las autoridades temen un flujo masivo de refugiados en sus fronteras y el ministro de Información, Samih Maaytah, ya ha advertido de que si el régimen de Asad cae o la situación se hace más caótica de lo que ya es, Jordania cerrará sus fronteras a los sirios para facilitar ayuda humanitaria en el otro lado de la línea de demarcación.

Jordania lleva meses intentado evitar el impacto de la Primavera Árabe. Es cierto que las protestas por la insatisfacción ante la crisis económica y la corrupción rampante en el Gobierno no han sido masivas, pero en los últimos meses, la monarquía se ha visto salpicada por algunas acusaciones. Ha influido que hasta ahora, la respuesta de las fuerzas de seguridad ha sido limitada, que la oposición islamista es débil y el hecho de que los palestinos, la mayoría de la población, ha preferido no tomar parte en las protestas y los transjordanos (los jordanos que habitaban el territorio antes de la llegada de los refugiados palestinos en 1948) se mantienen leales a la monarquía hachemí porque creen que una revolución podría dar más poder a los palestinos de origen. Parece que el espejo sirio ha servido para que los jordanos se muestren cautelosos. Mientras, el rey Abdalá II compra un precioso tiempo para intentar solventar los problemas económicos y la corrupción en el seno de las instituciones. Una caída de Asad tendría un rápido impacto en el paisaje político jordano.

Pero mientras tanto, la prioridad para las autoridades es mantener el control de la frontera con Siria. Representa una amenaza directa para la seguridad nacional en Jordania el tráfico ilícito de armas y milicianos en la línea de demarcación jordano-siria. Decenas de yihadistas jordanos viajan al país vecino para luchar contra Asad (Luck, 2012). Como ya ocurrió con Afganistán e Irak, la guerra en Siria supone el nuevo foco del yihadismo internacional y unidades de países como Libia o Jordania están combatiendo en los batallones salafistas que apoyan a los rebeldes.

Como ya lo tuvieron en Irak (recordemos que Abu Musab Zarqawi, líder de Al Qaeda en Irak muerto en 2006 era jordano), los jordanos están teniendo especial relevancia y liderazgo en Siria. Son el contingente más numeroso de las milicias yihadistas internacionales –que cuentan con varios cientos de efectivos venidos de Arabia Saudí, Irak y Yemen, además de Jordania (Luck, 2013) y de países occidentales como Francia o España. El Movimiento Salafista Yihadista Jordano dice tener unos 400 veteranos. Con experiencia en Irak y Afganistán, casi todos luchan en las filas de Jabhat al Nusra en Damasco, Daraa y Alepo, pero también hay jordanos en Liwa al Tawhid, el batallón del ELS que lidera los combates en Alepo. Una treintena de jordanos ha perdido la vida luchando en Siria en estos dos años, según el Movimiento Salafista Jordano.



“Los grupos militantes salafistas yihadistas son una de las varias amenazas a las que se enfrenta Jordania en el marco de la crisis siria y estamos haciendo todo lo posible para controlarla”, afirmó el portavoz del Gobierno de Amán, Samih Maaytah. Mientras el número de militantes que cruza la frontera no para de incrementarse, las autoridades han reforzado la seguridad multiplicando el número de patrullas en el norte. Las detenciones de los que intentan cruzar están a la orden del día.

Las decenas de yihadistas que se unen a los rebeldes sirios cada día amenaza también con convertir la batalla contra Asad en una *guerra santa* regional. Los servicios de seguridad jordanos han abortado varias operaciones de Al Qaeda que pretendían atacar misiones diplomáticas occidentales en Amán y centros comerciales utilizando armas y explosivos traídos de contrabando desde Siria. Los yihadistas traen consigo una agenda global y algunos grupos ya han hecho llamamientos a favor de llevar a cabo acciones en los estados vecinos. Además de Jordania, Turquía y Líbano podrían ser objetivo.

La fractura entre suníes y chiíes es lo que hace que los resultados de la guerra en Siria puedan ser peligrosos para Irak

Irak, el peligro de contagio

Muchos han ligado la creciente inestabilidad en Irak con el contagio de la guerra en Siria. Sin embargo, las protestas y la oposición de los musulmanes suníes hacia el Gobierno del primer ministro chií Nuri al Maliki tienen raíces en la política local y en las líneas defectuosas de la convivencia de las diferentes comunidades en Irak. Desde la caída de Sadam Husein, los chiíes –mayoría en el país– gobiernan Irak y muchos suníes –antiguo grupo en el poder– se sienten marginados. En diciembre de 2012, la ira suní estalló en forma de protestas haciendo temer un nuevo conflicto sectario que se une a los problemas que el Gobierno chií de Bagdad ya tiene con los kurdos en la zona semiautónoma del norte. Las manifestaciones estallaron después de que varios guardaespaldas y personal bajo el mando del ministro de Finanzas, Rifaat al Esawi, fueran detenidos bajo cargos de “terrorismo”. La comunidad suní vio estas detenciones como una muestra más del cerco hacia su secta por parte de los dirigentes chiíes. Enero fue un hervidero de protestas: los suníes bloquearon autopistas y tomaron las calles de sus bastiones de todo el país, en una suerte de desobediencia popular ante lo que consideran el abuso de poder de Maliki. Los suníes demandan la suspensión de las leyes antiterroristas, que creen que señalan a los miembros de su comunidad injustificadamente. Ya hace un año, el país vivió otra crisis cuando las autoridades intentaron detener al vicepresidente suní Tareq al Hashemi, acusado de dirigir escuadrones de la muerte. Al Hashemi huyó del país y fue luego sentenciado a muerte ‘in absentia’.

Irak es un Estado frágil en situación de postconflicto. Desde la retirada de las tropas estadounidenses en diciembre de 2011, el Gobierno –una coalición de partidos chiíes, suníes y kurdos– está en una situación de bloqueo sobre cómo compartir el poder. Mientras los suníes se quejan de estar marginados, los chiíes –que durante el régimen de Sadam Husein no tuvieron ninguna representación en el poder a pesar de ser la mayoría en el país– afirman que los suníes están presentes en puestos importantes como el presidente del Parlamento. En esta situación de fragilidad, el caos en que está inmerso Siria no le beneficia. Si el régimen alauí de Bashar Asad –en la órbita chií– se colapsa, la estabilidad en muchas zonas del centro-norte de Irak se resentirá.

En Irak, suníes y chiíes ven el conflicto en Siria desde prismas distintos. Para los chiíes, en el poder, se trata de un acontecimiento negativo. Influidos por su condición de víctimas del régimen de Sadam Husein, los chiíes creen que la guerra en Siria es el comienzo de una revancha suní y temen que haya un contagio a Bagdad. Maliki ha intentado abogar por una solución negociada entre Asad y la oposición. Al tiempo, su Gobierno –teóricamente neutral– ha permitido que fluya a través de Irak la asistencia enviada desde Teherán a Asad, incluso tolerando el paso de milicias chiíes iraquíes como Asaib ahl al Haq (respaldadas por Irán) hacia Siria para ayudar al régimen (Knights, 2013). La política pro Asad de Maliki quedó clara a principios de marzo cuando el Gobierno de Bagdad cerró la frontera después de que los rebeldes tomaran el segundo puesto fronterizo con Irak. Los enfrentamientos entre insurgentes sirios y soldados pro Asad involucraron al ejército iraquí del lado del régimen en el puesto fronterizo de Yaarabiyah-Rabia. Los combates que se prolongaron varios días y provocaron la muerte varios soldados iraquíes y de decenas de militares sirios fueron la constatación más clara de que la guerra siria puede abrir una brecha en Irak, mientras que ya se intuye la fractura entre una hipotética nueva Siria post Asad y sus vecinos iraquíes.

Por su parte, los suníes de Irak perciben el conflicto a sus puertas como una luz al final del túnel, como la primera señal para zafarse de la influencia de Irán. Esta comunidad retrata a Maliki como una marioneta de Teherán y denuncia los intentos de la mayoría chií para excluirles de las esferas de poder. La creciente fuerza con que se están desarrollando las protestas en las provincias de Anbar, Ninive y Saladino (donde se han llegado a ondear banderas del Ejército Libre de Siria), hace aumentar las esperanzas entre estas comunidades de un futuro en el que puedan aliarse con un potente Estado suní al otro lado de la frontera. Esta fractura entre suníes y chiíes es lo que hace que los resultados de la guerra en Siria puedan ser peligrosos para Irak.

El Líbano convulsionado

A finales de enero, Israel bombardeó a las afueras de Damasco un convoy que transportaba armamento antiaéreo perteneciente a Hizbulá, la milicia chií libanesa. Era la última indicación de que la organización libanesa está directamente envuelta en la guerra siria. Pero también quedaba patente que el Partido de Dios estaba utilizando el caos en la vecina Siria para incrementar su arsenal en casa. Siria ha sido históricamente uno de los principales apoyos financieros y logísticos de Hizbulá. El otro vértice del triángulo es Irán, cuya Guardia Revolucionaria entrenó y armó a los guerrilleros que se enfrentaron a Israel durante la ocupación de los ochenta. En 2006, Hizbulá sostuvo una guerra con Israel que dejó devastado el sur del país, pero cuya victoria pudo atribuirse su líder, Hasan Nasrala. El apoyo de Damasco y Teherán fue clave.

Ahora, el régimen de Asad depende cada vez más de la ayuda del grupo libanés para suprimir la rebelión. Desde el inicio de las protestas, Nasrala se pronunció a favor del régimen de Asad. Pero la milicia chií no reconoció haber tenido ningún papel militar en el país. En agosto de 2012, el Departamento del Tesoro de EEUU puso a Hizbulá en su lista negra por “entrenar, asesorar y ayudar con apoyo logístico al Gobierno de Siria” (Levitt, 2013). Para EEUU, Hizbulá está ahora devolviendo a Damasco sus favores y hay una gran presión para que Europa le designe como grupo terrorista.

En octubre de 2012, la Casa Blanca informó al Consejo de Seguridad de la ONU de que “los milicianos de Nasrala son parte de la maquinaria asesina de Asad”. Un informe de Naciones Unidas confirmó este extremo dos meses después: los hombres del Partido de Dios estaban en Siria del lado del régimen. Hizbulá estableció en noviembre campos de entrenamiento y, junto con los Guardias Revolucionarios iraníes, se estima que ha entrenado a unos 60.000 efectivos para proteger las comunidades alauíes en la costa del noroeste sirio (Nisman y Brode, 2013). Los soldados de Hizbulá están desplegados también en la frontera siriolibanesa, con el fin de proteger a las comunidades chiíes de los ataques de los rebeldes más sectarios. Allí se han registrado enfrentamientos entre ambas fuerzas en los últimos meses.

Si bien al principio, Hizbulá se constreñía a paliar en sus fronteras los ataques rebeldes, en los últimos meses, ha expandido sus acciones a Siria y ha enviado a la ‘joya de la corona’, sus unidades de fuerzas especiales. La rama militar de la organización chií cuenta con entre 2.000 y 4.000 soldados profesionales y miles de reservistas. Varios informes aseguran que esas fuerzas especiales combaten en el país vecino (Nisman y Brode, 2013), en concreto, cuatro unidades que suman unos 1.300 hombres se han desplegado en las ciudades más importantes.

El impacto de la guerra siria en el Líbano se traduce también en el flujo de refugiados y en consecuencias económicas, pero el riesgo más alto es que el conflicto se traslade físicamente a las ciudades libanesas

Sin embargo, Hizbulá también podría pagar un precio por su apoyo incondicional a Asad, convertido en un paria insalvable para los países árabes. Para una organización que históricamente ha querido identificarse a sí misma con los desposeídos, respaldar a un régimen que brutaliza a su propia población arriesga esa imagen de resistencia contra la injusticia. Es evidente que la imagen no es la prioridad y sí que lo es intentar prevenir la caída de Asad. Si esta se produjera, Hizbulá tiene mucho que perder. Un gobierno de mayoría suní en Siria no será muy amistoso con la milicia chií. Más allá, su implicación en la guerra siria puede tener costes para el grupo y su presencia como partido político y organización social en el Líbano.

Pero también arriesga mucho apoyando a Asad. Para empezar, Hizbulá viola el compromiso de las fuerzas políticas del Líbano de mantenerse neutrales frente al conflicto sirio. Para un país como el Líbano, siembre bajo la sombra expansiva de la Gran Siria, esta neutralidad significa preservar el precario equilibrio sectario y evitar una deriva hacia un conflicto similar a la guerra civil que devastó el país entre 1975 y 1991.

El impacto de la guerra siria en el Líbano se traduce también en el flujo de refugiados y en consecuencias económicas. Pero el riesgo más alto es que el conflicto se traslade físicamente a las ciudades libanesas (Meneses, 2012) y una de las llamadas de atención más claras de que Asad puede llevar la guerra al corazón del Líbano fue el atentado, el 19 de octubre de 2012, que mató a Wissam Hassan, jefe del espionaje libanés y enemigo declarado del clan Asad. El Líbano –que hasta 2005 estuvo dominado por las políticas dictadas por Damasco, capital que mantuvo incluso una ocupación militar hasta su precipitada retirada tras la *Revolución de los Cedros* surgida como consecuencia del asesinato del ex primer ministro Rafik Hariri (del que se acusó al régimen de Asad)– siempre está al borde de que sus equilibrios sectarios se vean trastocados como consecuencia de la guerra en Siria. Desde que estalló la revolución, el conflicto entre prosirios y antisirios en el Líbano ha cobrado nuevos bríos. En la memoria, la guerra civil que sumergió al Líbano en una espiral de violencia cuyos peligros nunca se han disipado por completo.

Con más de 250.000 refugiados sirios en su territorio, el Líbano –cuya población no llega a los cinco millones– es junto con Jordania el país que más exiliados acoge. A diferencia de los otros países, el Líbano no ha construido campos de refugiados para los sirios. Éstos intentan, pues, buscar casas en las que vivir (más del 60% de los refugiados paga un alquiler) y hay un gran número de ellos que se han instalado en edificios abandonados o en construcción e incluso muchos se han mudado a alguno de los 12 campos de refugiados palestinos que hay en el país, ya que es ilegal levantar tiendas. La mayoría de los sirios se han establecido en la Bekaa, en Trípoli y en

El mejor escenario para Israel es el establecimiento de un régimen secular en Damasco, pero existe una preocupación muy alta sobre qué gobierno sustituirá al actual

Sidón, donde el mercado inmobiliario ha experimentado una subida de precios de hasta el 44%. Con más de 400.000 refugiados palestinos en el país, el Gobierno libanés es muy sensible a la perspectiva de que los refugiados sirios se conviertan en expatriados a largo plazo. Todo esto hace que sus condiciones de vida sean muy precarias y que carezcan de ayuda básica. El 50% de los refugiados no recibe tratamiento médico básico y el 63% de los refugiados sin registrar no tiene acceso a ninguna asistencia (MSF, 2013). El Gobierno libanés ha pedido a la comunidad internacional unos 140 millones de euros al año para asistir a los refugiados.

Además del dinero que Beirut requiere para gastarlo en ayuda humanitaria, la caída del turismo como consecuencia de tener una guerra a sus puertas ha dañado la economía nacional. Las cifras de visitantes son las peores desde 2008. El turismo de otros países árabes –que representa el 40% del consumo en el país de los cedros– prácticamente ha desaparecido. También las exportaciones se han resentido y el tráfico de productos de importación que antes llegaban de Siria tiene ahora que depender exclusivamente del caro tránsito marítimo.

Israel, la política de perfil bajo

Durante décadas, Israel consideró a Siria como el peor de sus enemigos árabes y después de la guerra de 1967, la ocupación de los Altos del Golán se convirtió en el principal contencioso entre ambos países. Con el proceso de paz abierto en 1991 en Madrid, pareció abrirse una vía de negociación, que finalmente fracasó hacia el año 2000. Con la llegada de Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos, Washington realizó un intento de abrir relaciones con Damasco. En 2010, Obama lanzó una iniciativa para restablecer las negociaciones sirio-israelíes, de modo que se consiguió que el Gobierno del primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, se reuniera en secreto con el régimen de Asad. La mediación parecía seria, pero en marzo de 2011 estalló la rebelión siria y el proceso se paró en seco.

Así, si en un principio Israel hubiera tenido la tentación de preferir que Asad permaneciera en el poder antes que enfrentarse a un sucesor desconocido, esta aproximación pronto se reveló inválida. Aunque Israel tiene pocas vías de influir en el curso de los acontecimientos en el país vecino, sus líderes prefieren la marcha del dictador sirio. La principal razón es que creen que conducirá al debilitamiento de Irán, que se quedaría sin un aliado clave en la región. Al mismo tiempo, Israel ve una ventana de oportunidad de restablecer su conexión con Turquía y acordar un punto de vista común para estabilizar Siria. El mejor escenario para Israel es el esta-

blecimiento de un régimen secular en Damasco, pero existe una preocupación muy alta sobre qué gobierno sustituirá al actual. Israel es consciente de que el vacío que deje Asad podría ser llenado por un frente islamista más hostil a sus intereses de lo que era el presidente sirio y que, añadido al Gobierno islamista en Egipto, constituiría un grave problema que influiría en el conflicto palestino-israelí.

Los líderes israelíes se centran en el foco de inseguridad que el deterioro de la situación en Siria provoca en su frontera y en las consecuencias que tendría la caída de Asad en el eje Irán-Hizbulá-Siria. Y es que otra de las razones por las que Israel no llorará la salida de Asad del poder, es que dejaría a Hizbulá sin un apoyo clave. Le preocupa especialmente que la milicia chií trate de aprovechar el caos en Siria para adquirir armas estratégicas (radares, misiles tierra-tierra o tierra-aire). En términos generales, es consciente de que el arsenal de misiles, cohetes y armas químicas que posee Asad puede caer en manos de grupos yihadistas o del propio Hizbulá, que podrían utilizar estos elementos para amenazar a Israel. Después de enfrentarse a Hizbulá en una guerra en 2006, Israel vigila de cerca al Partido de Dios y sus arsenales de armas. Esto llevó al bombardeo de un convoy cerca de Damasco a finales de enero, en lo que fue la primera intervención directa de Israel en el conflicto. Recordemos que, en 2007, Israel ya actuó de la misma manera bombardeando lo que sospechaba era un reactor nuclear en construcción en el noreste de Siria.

Israel ha estado todo este tiempo intentando jugar un perfil bajo con respecto a la guerra en Siria en los foros internacionales. Salvo por el incidente del Día de la Nakba de 2011, hasta entonces, la rebelión en Siria había tenido un nulo impacto en Israel. En aquel mes de mayo, miles de palestinos se agolparon en la valla que separa el Golán de Siria. Algunos consiguieron pasar al otro lado. Cuatro palestinos resultaron muertos y varios heridos, en la reacción de unas fuerzas armadas israelíes cogidas por sorpresa y mal equipadas.

Salvo por esos incidentes aislados, Israel ha guardado silencio todo este tiempo. Es consciente de que expresar simpatía por los rebeldes sirios sólo podía perjudicarles en el interior y el exterior de Siria. Sin embargo, los altos cargos israelíes no han dejado de criticar la pasividad de Occidente frente al apoyo activo de Irán, Rusia y Hizbulá, argumentando que esta inacción de EEUU y Europa ha conducido a fortalecer a los islamistas y a radicalizar el conflicto con la llegada de grupos yihadistas (Herzog, 2013). También mira a sus vecinos con inquietud. Sabe de la inestabilidad que la crisis siria está llevando a Jordania, un país de gran importancia estratégica para Israel; está encantado con la presión interna que Hizbulá sufre en el Líbano debido a su apoyo a Asad, pese a los intentos de la milicia chií de obtener armas estratégicas aprovechando el caos en Siria; y está

redefiniendo sus relaciones con Turquía, la gran potencia emergente a consecuencia de la guerra en Siria.

Desde Israel, se piensa que sea cual sea el resultado de la guerra, sólo puede dar lugar a un país fragmentado y disfuncional que traerá la hostilidad yihadista a sus fronteras y no contribuirá a mejorar la atmósfera en el conflicto palestino-israelí.

Escenarios de futuro

Podemos manejar seis posibles escenarios.

1. Prolongación del statu quo actual –una guerra en la que no se aprecia la ventaja de ninguno de los dos bandos–. El ejército y el aparato de seguridad del régimen continuaría bajo el mando de Damasco, que mantendría también el control de las instituciones centrales y el Gobierno. Mientras, prosiguen los combates con grandes partes del país están fuera del control efectivo del régimen. La guerra iría avanzando hacia un estado de todos contra todos, con grupos islamistas sembrando el terror y donde kurdos y palestinos tomen parte en los combates.
2. Negociaciones de paz bajo mediación de la ONU y la Liga Árabe. Tras el estancamiento y el deterioro de la situación bélica, las partes acceden a entablar conversaciones.
3. Cambio de régimen sobrevenido por una victoria militar de la oposición armada. El país se adentraría en una transición turbulenta.
4. Colapso del régimen y caos total en el país, con la retirada del núcleo duro alauí a las montañas de la costa mediterránea, su bastión natural. La violencia continuaría, en una especie de *somalización* del país.
5. Intervención internacional. Las potencias occidentales deciden enviar una fuerza de intervención liderada por la OTAN que derrocaría a Asad y nombraría a un Gobierno prooccidental. Sería un escenario a la iraquí.
6. Victoria del régimen de Asad. Es el menos probable de los escenarios, pero no descartable. El país se hunde en una represión total, con una nueva avalancha de refugiados en las fronteras, el consecuente aislamiento total del país y una dependencia mucho más marcada de Irán.

En cualquier caso, dos años de guerra hacen que cualquier solución al conflicto –pero más una de tipo militar (Meneses, 2013)– tenga una carga traumática que llevará tiempo sanar. Los problemas derivados de la guerra (tales como la inestabilidad en las fronteras, la vuelta de los refugiados o la redefinición de las relaciones regionales) también necesitarán un arreglo a largo plazo. Cómo resolverá

Dos años de guerra hacen que cualquier solución al conflicto tenga una carga traumática que llevará tiempo sanar, especialmente si es de tipo militar

Siria su guerra civil es una gran incógnita. Una victoria militar o la renuncia de Bashar Asad no marcarán el fin del conflicto, sino un cambio de fase en la lucha por el poder. La situación en Siria y la solución de la crisis influirá, pues, en el panorama regional en Oriente Medio en los próximos años.

Referencias bibliográficas

Cagaptay, Soner (2012): "The Specter of Turkish-Syrian War", en *Wall Street Journal*, 4 de octubre.

Herzog, Michael (2013): "As Syria Crumbles, Israel Prepares for Instability", en *PolicyWatch* 2019, 31 de enero. The Washington Institute of Near East Policy. Disponible online: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/as-syria-crumbles-israel-prepares-for-instability>

Ilgit, A. y Davis, R. (2013): "The Many Roles of Turkey in the Syrian Crisis", en *Middle East Research and Information Project* (Merip), 28 de enero. Disponible online: <http://www.merip.org/mero/mero012813>

Knights, Michael (2013): "Assad's Fall and Iraqi Stability", en *PolicyWatch* 2018, 30 de enero. The Washington Institute of Near East Policy. Disponible online: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/assads-fall-and-iraqi-stability>

Levitt, Matthew (2013): "Hezbollah's Syria problem", en *Fikra Forum*, 6 de febrero. Disponible online: <http://fikraforum.org/?p=3038>

Luck, Taylor (2012): "Jordanian jihadist killed in Syria as influx of fighters continues", en *The Jordan Times*, 29 de octubre. Artículo disponible online: <http://jordantimes.com/jordanian-jihadist-killed-in-syria-as-influx-of-fighters-continues>

Luck, T. (2013): "Syrian jihadi salafists 'setting sights' on Jordan", en *The Jordan Times*, 24 de febrero. Disponible online: <http://jordantimes.com/syrian-jihadi-salafists-setting-sights-on-jordan>

Nisman, Daniel y Brode, Daniel (2013): "Will Syria Bleed Hezbollah Dry?", *The New York Times*, 30 de enero.

Médicos sin Fronteras (2013): "Misery beyond the war zone: Life for Syrian refugees and displaced populations in Lebanon", 6 de febrero. Informe disponible online: <http://www.doctorswithoutborders.org/publications/article.cfm?id=6627>

Meneses, Rosa (2012): "El riesgo del 'todos contra todos' otra vez", en *El Mundo*, 20 de octubre.

Meneses, R. (2013): "Una victoria militar peligrosa", en *El Mundo*, 7 de enero.

Pollack, K., Kagan, F., Kagan, K., y Sullivan, M. (2012): "Unraveling the Syria Mess: A Crisis Simulation of Spillover From The Syrian Civil War", en *Middle East Memo* nº 25, agosto de 2012. Saban Center at Brookings. Disponible online: <http://www.brookings.edu/research/expert-qa/2012/08/07-syria-simulation-pollack>

